

ZORAIDA CÓRDOVA

BROOKLYN BRUJAS 3

WAYWARD WITCH

minotauro

WAYWARD  
WITCH

ZORAIDA CÓRDOVA

Título original: *Wayward Witch*

© 2020, Zoraida Córdova

Publicado por acuerdo con la autora, representada por Baror International, Inc.

© Traducción de Isabel Murillo Fort, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 7.<sup>a</sup> planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-450-0883-6

Depósito legal: B. 9.273-2021

Preimpresión: dactilos

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



*«Claribelle estaba perdida en el bosque.*

*Vio dos ceibos floridos,*

*iluminados por la luz de la luna llena.*

*De pronto, se abrió una puerta y entró.»*

CLARIBELLE Y EL REINO DE ADAS

CUENTOS LARGOS Y VERDADEROS

GLORIANA PALACIOS

**S**e supone que soy la buena. La bruja que estudia libros antiguos, gordísimos y cubiertos de polvo, y respeta a su ascendencia mágica. La hermana que no se dedica a encerrar a su familia en otra dimensión, ni cría un ejército de zombis que vaga por la ciudad arrancando corazones para devorarlos. La hija que nunca responde mal, que se pasa el hilo dental dos veces al día, que limpia su altar sin que nadie se lo diga, que saca la basura y recita rezos a los dioses cada noche antes de acostarse. Pero si fuera así, no me habría escondido en un día como hoy.

Es, al fin y al cabo, mi Día de la Muerte y, además, mi cumpleaños, y como cualquier bruja de quince años normal y corriente, resulta que estoy pasando la fiesta en la despensa del pasillo de casa, sentada sobre una caja de latas de judías Goya y con los bolsillos del vestido llenos a

rebosar de chocolatinas. Una bombilla pelada proyecta una luz blanca sobre el libro que tengo abierto en el regazo.

—¿Has visto a Rose? —oigo que dice mi madre, al otro lado de la puerta.

No sé a quién se lo está preguntando, pero quienquiera que sea responde con un sonido evasivo. Mi madre empieza a llamarme, y sus gritos me paralizan hasta impedirme pasar a la página siguiente. Cuando ha terminado la ceremonia, he dicho que subía a cambiarme y que enseguida volvía, y esa era mi intención. Más o menos. Pero entonces he empezado a pensar en toda la gente —amigos, familiares y desconocidos— que querría hablar conmigo. Que querría mirarme. Y me he preguntado por qué, después de quince años de ser una bruja vulgar, resulto de repente tan «interesante». Porque ese es el calificativo que la gente me aplica. Y como no he encontrado respuesta, he decidido concederme un rato de descanso.

Cuando mi madre cesa en su empeño y el martilleo de sus tacones se disuelve en un eco por el pasillo, respiro un poco mejor. Busco el punto del libro donde había dejado la lectura y suspiro. Leeré un capítulo más e iré. Lo sé. Sé que no puedo quedarme encerrada eternamente aquí.

A mi entender, y aunque nadie me haya preguntado en ningún momento mi opinión al respecto, es demasiado pronto para celebrar mis nuevas y extravagantes habilidades. Hasta ahora era una vidente: hablaba con fantasmas y con el mundo que se despliega más allá del Velo de los Vivos. Pero ahora soy algo totalmente distinto, algo sobre lo que jamás ha oído hablar nadie de mi familia, ni de nuestra red de brujas, ni ninguno de nuestros aliados sobrenaturales. Algo que ni siquiera tiene nombre, puesto que he prohibido a todo el mundo que me llamen «jáquer de la magia». Considero un auténtico milagro que nuestras vidas no hayan vuelto a correr peligro desde hace seis meses y, por suerte, que yo no haya tenido que poner a prueba mis poderes. Sinceramente, tampoco creo que a mi familia le apetezca mucho que lo haga.

Lula dice que tenemos que disfrutar de los momentos de normalidad y ausencia de peligro, pero cuando eres bruja, lo «normal» no existe.

A diferencia del resto de la familia Mortiz, a mí me resulta imposible fingir que el último año y medio no ha estado repleto de monstruos, sangres, entrañas, sociedades secretas y más resurrecciones de las que me gustaría. Hemos aceptado la pérdida mágica de memoria que ha sufrido nuestro padre durante todos los años que ha estado ausente. Alex se ha convertido en la bruja más poderosa que existe después de habernos hecho desaparecer a todos de aquí y enviarnos a Los Lagos. Lula desplegó hordas mortíferas por toda la ciudad, pero no hay que preocuparse: ya vuelve a ser ella. Y mi madre vuelve a tener por fin a toda la familia en casa y unida.

Yo soy la única que parece darse cuenta de que algo no va bien, pero cada vez que me armo del valor suficiente para comentarlo, acabo convencíendome de que no son más que imaginaciones mías. Que vivimos en paz. Que todo va bien.

¿Verdad?

Oigo pasos sobre el suelo enlosado del pasillo. Unos pies calzados con sandalias cuya cadencia reconozco al instante. Contengo un estornudo provocado por el polvo acumulado en la despensa y oigo los gritos de mi hermana mayor.

—¡Rose Elizabeta Mortiz, saca tu encantador culo de donde lo hayas metido y ven a bailar!

Lula pasa justo por delante de mi escondite.

Acabo estornudando y un puñado de pétalos rosas y blancos caen sobre las hojas del libro. Las flores de mi corona ceremonial ya empiezan a marchitarse. Y eso que eran claveles recién cortados. Antes he intentado deshacer la trenza que Lula y Alex se han esmerado en entretejer con una cinta dorada, pero han utilizado tantísima laca y me han puesto tal cantidad de horquillas que solo he conseguido soltar unos pocos mechones. Soplo los pétalos. Se esparcen sobre la falda de tul rosa empolvado de mi vestido, que me llega hasta los pies.

Se abre la puerta, y se filtran en la despensa la luz intensa de la cocina y el sonido rítmico de los tambores que retumban en el salón.

Lula esboza un mohín. Y sus ojos grises brillan por un instante, aliviados, antes de anunciar a gritos:

—¡La he encontrado!

Alex asoma la cabeza por detrás del cuerpo de Lula. Su pelo castaño está recogido en un tenso moño trenzado de bailarina, que ha adornado con un pasador en forma de luna en cuarto creciente.

—Ya te dije que no estaría en el garaje. Porque los mayores se han encerrado allí para jugar a las cartas.

—Tengo que deciros que vuestras habilidades para jugar al escondite me han decepcionado. —Paso página del libro y carraspeo, confiando en que capten la indirecta y se marchen—. Es una suerte que ni la una ni la otra os ganéis la vida buscando y rescatando gente.

—Qué grosera llegas a ser —dice Lula sacudiéndose el polvo que le ha caído sobre los hombros, aunque lo único que consigue es mezclarlo con la crema hidratante con brillo que se ha aplicado en la piel. Cuando se inclina y le da la luz en la cara, las cuatro marcas de garras brillan como si fuesen perlas. Desde este verano ha decidido destacarlas pintándose las con sombras de ojos de tonalidades intensas, argumentando que, ya que la gente la mira igualmente, al menos aprovecha para ser creativa—. En esta casa hay demasiadas habitaciones. Sigo confundiendo el baño de invitados con el armario para los abrigos, y no me extraña, teniendo en cuenta que por la casa pululan centenares de personas y nadie, absolutamente nadie, cierra ninguna puerta con llave.

—Y aun así —digo cerrando de mala gana el libro— habéis conseguido localizarme en el único lugar donde he podido encontrar un poco de paz y tranquilidad desde que ha terminado la ceremonia.

Mis hermanas me ignoran y entran en la despensa sin miramientos y sin preocuparse de lo que pueda pasarles a sus vestidos de gala. Protesto

enérgicamente cuando una de ellas me pisa el pie y la otra me da sin querer un codazo en las costillas hasta conseguir acomodarse y cerrar la puerta.

—¡Vamos, Rosie! —dice Lula—. Te lo estás perdiendo. Tía Panchita asegura que está bailando con un fantasma, pero lo que le pasa en realidad es que ya lleva encima seis copas de ese coquito que ha preparado tío Julio.

Si aún estuviera conectada con el Velo, podría desmontar su teoría. Pero me conformo con decirle:

—¿Estás segura de que no eres tú la que se ha tomado seis copas del coquito de tío Julio? ¿O acaso es que anda por ahí cierto cazador deseoso que todas conocemos muy bien?

Lula me da un codazo y, cuando intento apartarme, me golpeo con Alex, que rebota contra las provisiones almacenadas en las estanterías. Los tarros se tambalean peligrosamente y una docena de ellos acaban cayendo. Me tapo la cara para protegerme del impacto, pero Alex levanta las manos y conjura la aparición de una ráfaga de viento. De pronto nos envuelve un aire gélido y la fuerza de la magia devuelve a su lugar los tarros llenos de especias y huesos de pájaro. Cuando nuestros brazos vuelven a rozarse, doy un brinco al sentir el chispazo de la carga eléctrica remanente.

Alex se sacude las manos para limpiarlas de polvo e, incluso con la escasa luz reinante, su sonrisa de suficiencia es inequívoca. Es un buen cambio con respecto a los viejos tiempos, cuando rechazaba cualquier cosa que tuviera que ver con ser bruja. Aunque también hay que decir que últimamente solo se dedica a fanfarronear.

—Veamos —dice Alex—. ¿Qué haces aquí leyendo un libro que ya has leído mil veces, en vez de estar disfrutando de la fiesta de tu Día de la Muerte?

Y como para sumar más sentido a sus palabras, en el salón estalla un coro de carcajadas, seguido por una escala de notas interpretadas en un saxofón. No sé por qué mis padres han insistido en contratar a un grupo de salsa para que toque en directo, cuando la única salsa que a mí me gusta es la picante con tropezones para comer con nachos.



—Perdona que te lo diga —contraataco frunciendo el entrecejo—, pero si no recuerdo mal, tú ni siquiera querías celebrar tu Día de la Muerte, y todos sabemos perfectamente bien cómo acabó la cosa.

—Rosie... —dice Alex, ya sin una mínima pizca de engreimiento—. Sabes que siento mucho lo que pasó.

Lula arquea las cejas y sus ojos grises se desplazan entre Alex y yo.

Se me ha formado un nudo de frustración en la garganta. Sé que Alex está arrepentida de lo que hizo. A pesar de ser la única encantatriz de su generación, esa figura sigue siendo la protagonista de los cuentos admonitorios que las brujas cuentan a sus hijos a la hora de ir a dormir. ¿Cómo iba ella a saber que su cántico saldría tan mal? ¿Cómo iba a imaginarse que su familia estaba vinculada a su magia de un modo tan intrínseco que intentar anularla sería como extraer un órgano del cuerpo empleando un cuchillo para la mantequilla? Cuando Alex intentó deshacerse de sus poderes, lo cambió todo. A veces me entran ganas de echarle la culpa. Porque, de no haber sido por Alex, a Lula jamás se le habría pasado por la cabeza intentar resucitar a un muerto. No habríamos tenido que luchar por nuestra vida, ni nuestra casa habría quedado destruida por un incendio, ni nos habríamos visto obligados a mudarnos a este lugar anónimo donde vivimos ahora, en Queens. Yo seguiría siendo vidente. Aunque, por otro lado, de no haber sido por Alex, Nova nunca habría entrado en nuestra vida y tampoco habríamos recuperado a nuestro padre.

En el fondo, sé que si fuéramos una de esas familias que verbaliza sus sentimientos, la situación sería distinta. Pero somos de los que nos guardamos para nosotros nuestros miedos y nuestra tristeza, y a veces incluso nuestra alegría. Y sé también que yo no soy distinta a ellos en este sentido.

—Lo sé, lo sientes mucho. Pero a ver si me entiendes —digo. Ojalá fuera mejor explicando mis emociones, ya que lo último que deseo en estos momentos es herir a mi hermana—. Lo único que pido es poder disfrutar de una hora tranquila, sin nadie. Después de conjurar varias docenas de espíritus ancestrales, la verdad es que no me apetece salir ahí a bailar el mambo.

—¿Y un poco de perreo? —sugiere Lula, y Alex le da un cachete en el brazo para regañarla.

—Si me das a elegir, prefiero no ver a un montón de brujas viejas intentando bailar provocativamente —refunfuña Alex. Me da un codazo, en broma, como si en este asunto estuviéramos en el mismo bando—. Podría contarte historias sobre Agosto que no aparecen mencionadas en este libro.

—En el salón —sugiere con alegría Lula.

A lo que Alex añade:

—Mientras comemos pastel.

—No quiero oír tus historias sobre Los Lagos —digo empleando un tono más brusco del que pretendía. Siempre estaré un poquitín celosa de que Alex haya conseguido conocer en persona a Agosto, el rey fauno. Pero entonces recuerdo que, mientras ella andaba dando vueltas por Los Lagos, yo estaba en el interior de una bola de energía a la espera de convertirme en cena de una vieja arpía. Me acuerdo de que Alex vino a por nosotros. Que nos salvó. Y que nosotros también la salvamos a ella—. Es solamente que... que me apetece estar sola, eso es todo.

Lula me pasa el brazo por los hombros. No lo hace para utilizar conmigo su magia sanadora, no es exactamente eso. Pero Lula posee otro tipo de poder que suele calmarme cuando está cerca de mí. Recuerdo las infinitas veces que me he quedado hecha un ovillo en la cama porque las voces de los espíritus me hablaban con demasiada fuerza, y Lula ha permanecido a mi lado, cantando y acariciándome el pelo para distraerme. Recuerdo que el día que me enteré de que tenía que cambiar de escuela como consecuencia del traslado a nuestro nuevo barrio, Lula vino a verme con una bandeja de galletas y no se comió ni una, dejándomelas todas para mí. Se me ocurren mil ocasiones en las que Lula ha sido mi roca, mi sostén. Pero hoy no quiero eso.

—Vamos, Rosie —dice—. Sé de sobras que ser el centro de atención no es lo más divertido del mundo, pero...

Alex esboza una mueca y extiende la mano, como si se dispusiera a capturar la mentira que esconden las palabras de Lula.

—Pero a ti te encanta ser el centro de atención, así que...

—Cierto —reconoce Lula dándose golpecitos en la barbilla con una uña pintada de rojo—. Pero aquí estamos hablando de un ritual de iniciación que sucede una sola vez en la vida. Es muy similar a las fiestas que celebran los sinmagos. Recuerda lo bien que te lo pasaste en la fiesta de quinceañera de Claudia Toloza.

—Y que en la fiesta de los dieciséis de Rishi estuviste toda la noche bailando.

Refunfuño.

—Era distinto.

—Si pudiera repetir mi Día de la Muerte... —empieza a decir Alex, y es en ese momento cuando todo lo que siento acaba desbordándome.

—En primer lugar, no necesito para nada que empieces a filosofar otra vez sobre los errores que has cometido y sobre todo lo que harías de poder volver atrás —digo—. Yo no soy tú.

Lula y Alex intercambian una de esas miradas que solo pueden cruzarse las hermanas mayores, como si yo estuviera comportándome de forma petulante e irracional. Pero ellas no ven las cosas como las veo yo. La frustración me provoca picores que corren bajo mi piel, un escozor que empezó con la aparición de mi nueva magia. Tengo otra vez ganas de rascarme, pero cuando anoche acabé cediendo y lo hice, me dejé los brazos en carne viva.

—Rose... —empieza a decir Lula.

—No, necesito que me escuchéis. Por favor —suplico.

Mis hermanas mueven la cabeza en un gesto de asentimiento y permanecen calladas durante un minuto entero. Creo que voy a notificarlo a los del *Libro Guinness de los récords*.

Cojo aire y digo:

—Siempre, desde que era pequeña, he querido ser como vosotras. Nunca me pareció que fuéramos diferentes a las demás familias porque nunca me hicisteis sentir rara. Somos lo que somos. Pero, últimamente, es como si estuviérais intentando ser algo que no somos.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Alex con preocupación—. Mírame a mí. No tienes ni idea de cómo es vivir siendo lo que soy. Tú no ves todo lo que yo veo.

Se quedan otra vez calladas. Se rascan la cabeza; cambian de postura, alterando sus brillantes vestidos de fiesta, y suspiran como si estuvieran intentando comprenderme, pero falta algo.

Lula me acaricia los mechones que se me han soltado del peinado.

—Podemos investigar más sobre tu poder, Rosie. Puedo pedirle a la Alianza que lo intente buscando otras fuentes de...

Suelto un prolongado gruñido.

—No. Lo que quiero decir es que poseer esta nueva magia me resulta extraño, y claro que me gustaría que averiguarais más cosas al respecto, pero no es solo eso.

—Entonces, ¿qué es? —pregunta Alex, y sus ojos castaños se ensombrecen—. Cuéntanos.

¿Cómo saber qué tengo que decirles? Conozco los ingredientes que conjuran la buena suerte y soy capaz de preparar una poción para hablar con los muertos, pero nadie me ha enseñado cómo articular una verdad incómoda. Inspiro hondo e intento pensar en cómo explicar lo que siento. Mis hermanas fingen que todo va bien, igual que mis padres. Es como si hubiéramos llegado al final de un cuento y todo el mundo estuviera feliz y comiendo perdices. Nuestro padre ha vuelto después de haber desaparecido sin dejar ni rastro durante siete años. Alex ha asumido su magia. Lula ha dado descanso eterno a los muertos.

¿Acaso soy yo la única que se percata de que mi padre pierde la mirada en la distancia, como si hubiera olvidado dónde está? Muchas

noches me despiertan los gritos de Lula, que llama en sueños a su exnovio muerto. Alex deambula por la casa a las tres de la madrugada para verificar que todo esté bien cerrado, para asegurarse de que las guirnaldas de protección y los sacos de sal estén correctamente colocados, como si estuviera esperando algún tipo de ataque. Y luego está Nova, nuestro hermano adoptado, y la magia que lo llena de marcas y le quema el cuerpo, literalmente, que lo consume como la mecha de una vela. Pienso también en el cuerpo tenso y rígido de mi madre, que parece estar conteniendo constantemente la respiración por miedo a que la felicidad no dure mucho. Estamos incompletos y no hablamos de ello. No sé cómo hacerles ver que la familia Mortiz aún no ha llegado al final de su historia.

O tal vez, solo tal vez, sea algo que únicamente percibo yo.

Tal vez sea yo la que se siente incapaz de seguir adelante. Mi normalidad es lo paranormal, lo sobrenatural. Hay gente que saca lo mejor de sí misma cuando reina el caos, y a lo mejor es que yo solo me siento cómoda cuando las cosas van mal.

Miro a mis hermanas, a mis hermanas guapas y revoltosas, que cometen errores. Son las brujas malas que han despertado a los muertos y han viajado por reinos desconocidos. Ellas han encontrado la manera de seguir viviendo, riendo y amando. Y se sienten bien. ¿Verdad?

Tal vez la que esté mal sea yo. Tal vez sea que estoy tan acostumbrada a vivir al borde del desastre que no he conseguido aclimatarme a la armonía. Tal vez sea eso.

De modo que decido dejarlo correr, porque yo soy la buena y no quiero dar problemas. Lo único que quiero es quitármelas de encima. Noto una sensación de dolor en la boca del estómago que se expande por todo mi cuerpo. Cuando sacudo la cabeza, se desprenden más pétalos.

—Creo que es simplemente que no lo estoy pasando muy bien entre el cambio de casa y de escuela. El otro día me pusieron una falta por

discutir con la profesora de sociales y he estado a punto de suspender el examen de ciencias naturales.

—Sacaste un notable —dice Lula.

—¡Mi primer notable! Siempre tengo sobresalientes —gimoteo.

No les menciono que el dolor de cabeza no me deja estudiar y que no puedo dormir porque echo de menos los susurros de los espíritus.

Me frotan las dos la espalda como si estuvieran limpiando un coche y pasándole la cera.

—La que empezó todo esto fui yo —dice Alex—. Y yo puedo solucionarlo.

—Y yo soy la que motivó el incendio de nuestra antigua casa y que tuviéramos que cambiarnos de barrio —dice Lula, consiguiendo que su voz suene indignada y arrepentida.

Los pétalos de clavel caen sin cesar sobre mis hombros.

—No. Esto no empezó con vosotras dos. Empezó con papá.

Lula se muerde el labio y Alex suspira. Estoy segura de que si cerrara los ojos y aguzara el oído, si aguzara el oído de verdad, sería capaz de escuchar el latido del corazón de las dos, y estoy también segura de que sería tan frenético como el mío. Alex, que necesita controlar la felicidad de la familia, quiere apaciguar mis dudas.

—Sí, pero ya está de vuelta. Todo va bien. Estamos sanos y salvos —afirma Lula.

Precisamente por eso, no puedo hablar con ellas. Han tenido que sufrir tantas cosas que me siento mal entrometiéndome en esta tentativa de paz. Sin embargo, no puedo sacudirme de encima la sensación de que nos estamos mintiendo. Los unos a los otros.

Doy una palmada a la cubierta del libro. Me comportaré como se espera de mí. Puedo hacerlo. Claudico porque mis hermanas me necesitan.

—De acuerdo. Me sumaré a la fiesta de las mejores criaturas mágicas de Nueva York.

—Y de unos pocos y selectos sinmagos —añade Alex, que guiña el ojo mientras Lula aplaude en señal de victoria.

—Si algún día tengo hijos, no pienso hacerles pasar por esto —refunfuño—. Ni siquiera conozco a la mitad de la gente que anda por ahí fuera.

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas, Rosie —dice Lula—. Invitas a una de tus tías y luego aparece otra que dice: «Oh, me han comentado que fulanita ha recibido una invitación, ¿y dónde está la mía?». Y así es como la lista pasa de la familia y los amigos más íntimos a parientes de lo más lejano, hasta el punto que incluso recibe una invitación el hombre lobo del bar que pretende ligar con mamá.

—Tú no hables, Lula —dice Alex moviendo un dedo acusador delante de su cara—. Eres igual que mamá. Entablarías amistad incluso con el que tropieza contigo en el metro. De hecho, incluso entablaste amistad con la Muerte.

Lula ríe con sarcasmo y dirige sus ojos grises hacia una montaña de latas de atún.

—Últimamente ando muy liada con asuntos importantes de la Alianza de Thorne Hill y no tengo tiempo para hacer amistades. No es culpa mía que las dos hayáis heredado la «introvertividad» de papá.

—Eso que acabas de decir ni siquiera es una palabra —replico.

—Y además —añade Alex—, antiguamente papá no era introvertido.

—No me acuerdo —digo.

A veces creo recordar la cara de mi padre cuando me leía un libro o el tono de su voz canturreando mientras sazonaba una paletilla de cerdo para cenar. Pero no puedo evitar preguntarme si son cosas que pasaron de verdad o me las he inventado porque no quiero ser la única de las hermanas que no tiene recuerdos de él.

—Ven, aunque sea solo por una hora —dice Lula recogiendo la oreja un rizo de pelo negro—. Si no te sientes cómoda, no es necesario que abras a nadie, ni des besos en las mejillas, ni finjas ser bien educada. Sé tú misma. Nuestra preciosa e inteligente Rose.

—Y si alguien te molesta... —Alex agita los dedos y aparecen chispas de electricidad—. Basta con que pronuncies la palabra mágica.

—¿Cuál es la palabra mágica? —pregunto.

Lula hace una mueca y dice:

—¡*Pamplemousse!*

—No sé qué significa.

Alex levanta tanto la mirada que durante un segundo solo le veo el blanco de los ojos.

—Significa *pomelo*. El cazador le está enseñando francés y ella lo encuentra de lo más elegante. Oye, si algún día decide volver a invitarte a ir de vacaciones con él, mejor que nos invite a las tres si no quieres que mamá maldiga a todos sus...

—¡Era una misión, Alejandra, no unas vacaciones! —Lula sacude los rizos delante de la cara de Alex y le enseña los dientes—. Y me gusta cómo suena esa palabra. Bueno, al grano, si ves que alguien se te enrolla demasiado, tú grita «*pamplemousse*» y acudiremos a tu rescate. Prometido.

—Prometido —repite Alex.

—Ya he dicho que iré —digo exasperada.

—Pero espera un momento, ¿no piensas cambiarte y ponerte el otro vestido? He pasado semanas buscando en tiendas de ropa de segunda mano hasta dar con tus dos vestidos —dice Lula, que la verdad es que se ha tomado muchas molestias.

—Rose lo sabe de sobras —murmura Alex—. Todas sabemos que tienes un auténtico poder de sinmago para localizar gangas.

Después de la ceremonia ritual, es costumbre cambiarse de vestido, puesto que el primero suele quedar manchado con sangre del sacrificio animal. Bajo la vista hacia la mancha de color parduzco, que ha adoptado una forma similar al perfil del estado de Texas y que se extiende sobre el tejido rosa del vestido. Si acabo de pedirle a un animal que dé su



vida a cambio de garantizarme mis poderes, voy a lucir con orgullo mis medallas en el pecho. O, mejor dicho, en la falda.

«No es más que una noche —me digo—. Por una noche, puedes hacerlo. Hazlo por tu madre, que ha consagrado tanto tiempo y esfuerzo a esta fiesta.»

Por mi madre haría cualquier cosa. Recuerdo que una vez, cuando mi madre se puso enferma después de curar a una bruja anciana y tener que cumplir luego, el mismo día, con un turno de diez horas como recepcionista, le pregunté por qué quería abarcar tanto y no pedía nunca ayuda a nadie. Y me respondió: «Nuestra comunidad me necesita. Además, estáis vosotras tres. Con vuestra ayuda me basta». Después de todo lo que mi madre ha tenido que pasar, después de todo lo que se ha entregado, sé que necesita que yo esté presente. De pronto me siento fatal por haberme escondido.

—Vamos —digo—. Pero no pienso bailar.

Nos quedamos sentadas y en silencio unos instantes más, con los brazos unidos como los eslabones de una cadena, escuchando la cacofonía alegre del exterior.

Lula toca mi corona de flores marchitas.

—¿Me dejas que te arregle el pelo?

—¡Dioses, Lula, déjala en paz! —exclama Alex dándole una colleja a Lula, que esta le devuelve.

—Lo decía por decir. Se supone que estas flores tenían que durar todo el día y sé también que anda por aquí un mutante que le hace cierta gracia a Rose —dice Lula sonriendo con suficiencia.

—No. Seguro que tiene más de cien años —dice Alex poniendo mala cara—. No daría nunca mi aprobación.

De pronto quiero salir de la despensa, aunque sea tan solo para poder alejarme de esta conversación y esconder lo colorada que me he puesto. Mis hermanas me siguen, riendo como tontas a mi costa. Salimos de la despensa y entramos en la cocina: tres brujas dispuestas a ser las reinas de la noche.